

## 15. Los Mensajes de los Tres Ángeles

Después de la lucha y la agitación de la gran controversia, en la que la opresión de la bestia de siete cabezas fue seguida por el gobierno similar a un cordero —el gobierno que formó una imagen a la bestia e hizo que todos los hombres adorasen a la bestia o a la imagen— la atención de Juan fue dirigida a escenas donde el conflicto había terminado. Aquel a quien Lucifer había presentado ante los ojos del mundo como un déspota cruel, se yergue como Cordero sobre el Monte Sion. Ya no es el Cordero inmolado visto una vez ante el trono, sino el Rey en Su hermosura, el verdadero Conquistador, que ha triunfado por el poder de la verdad. Él, que podría haber pronunciado una sola palabra y el enemigo de la verdad habría sido borrado de la existencia, prefirió ser exaltado a través del sufrimiento. El amor es el gobernante del universo; *el amor nunca falla*, y a través de seis mil años de conflicto, ha salido victorioso con vestiduras inmaculadas.

El Cordero se puso de pie en el Monte Sion, donde se encuentra la ciudad del Dios viviente. Allí, en el templo celestial, se lleva a cabo la obra del santuario. Cristo entró en el primer compartimento cuando ascendió de la tierra y presentó Su propia sangre por una raza perdida. En 1844, la puerta hacia el compartimento interior se abrió, y Cristo y el Padre tomaron entonces los casos de aquellos cuyos nombres aparecían en el Libro de la Vida. Mientras Cristo todavía está en ese compartimento, tienen lugar los eventos finales del capítulo trece.

El sellamiento, como se describe en el capítulo siete de Apocalipsis, avanza mientras la bestia y su imagen, los poderes gobernantes de la tierra, se esfuerzan por obtener el reconocimiento de todos. El interés del cielo se centra en aquellos pocos que reciben la marca del gran Jehová. De hecho, esta pequeña compañía, que suma ciento cuarenta y cuatro mil, es la clase de personas más interesante presentada en la Palabra de Dios. Juan, en el primer versículo del capítulo

catorce, los ve mientras se reúnen alrededor del Salvador en el Monte Sion. La Palabra de Dios traza su historia muy minuciosamente.

En el año 1848, los cuatro ángeles del capítulo siete de Apocalipsis se posicionaron en los cuatro rincones de la tierra, para retener los vientos de contienda hasta que los siervos de Dios fueran sellados. *Y fueron sellados ciento cuarenta y cuatro mil.* Entre 1798 y el fin de los tiempos, la herida de la bestia es completamente sanada, y esta renueva su obra de opresión a través de los poderes de la tierra. En América, la imagen de la bestia se forma y se le da vida dentro de ese mismo período; y ejerce todo el poder de la primera bestia delante de ella. Su obra especial de opresión es contra aquellos que han recibido el sello de Dios en la frente. América y las naciones europeas controlan el mundo, y si no fuera porque los vientos de contienda son restringidos por los cuatro poderosos ángeles, el tiempo terminaría antes de que la obra de sellamiento se complete. Pero entre todas las naciones, y a cada tribu y lengua, el ángel sellador se abre camino. Tan amplia como se proclama el evangelio de la verdad, así de vasto es el campo del cual él recoge. El interés de todo el cielo se centra en su obra.

Cuando uno compara la última raza en la tierra con el hombre tal como salió en fuerza y grandeza de la mano de su Creador, la obra de la redención parece más maravillosa que nunca. De la humanidad degradada y degenerada, apestando a enfermedad y crimen; Dios elige a la última pequeña compañía que, debido a la comunión del alma que han tenido con Él, tendrá caracteres que los admitirán en la relación más íntima con su Hacedor. Muchos reconocen a Jehová en sus mentes, y muchos le adoran exteriormente; solo unos pocos pasan por Getsemaní con Cristo; pero aquellos que sí conocen las realidades de la vida espiritual, reciben el nombre del Padre en sus frentes. Estos son los ciento cuarenta y cuatro mil —la compañía escogida— que revelan en toda su extensión las profundidades del amor redentor. Juan los vio rodeando al Salvador en el Monte de Dios, — *el monte de la congregación, en los lados del Norte*, donde Satanás una vez estuvo, y donde intentó levantar un trono para sí mismo. Los ciento cuarenta y cuatro mil ocupan el lugar que una vez fue ocupado por Lucifer

y sus ángeles. ¡Oh, qué comentario para el universo sobre el glorioso triunfo de la verdad sobre el error! ¡del amor sobre el egoísmo!

Estos hombres fueron redimidos de la tierra, de entre los hombres, — las primicias para Dios y el Cordero. Han sido arrancados como tizones del incendio. *No se contaminaron con mujeres; pues son vírgenes.* El profeta Isaías, al describir la condición de las iglesias en los días en que la obra de sellamiento está en progreso, dice: *En aquel día siete mujeres echarán mano de un hombre, diciendo: Nosotras comeremos nuestro propio pan, y vestiremos nuestras propias ropas; solamente permítenos ser llamadas por tu nombre, para quitar nuestra afrenta.* La iglesia está representada por una mujer; y la relación de Cristo con la verdadera iglesia, como la relación del esposo con su esposa. El esposo da su nombre a la esposa, y le provee alimento y vestimenta; pero las iglesias apóstatas, mientras reclaman el nombre de Cristo (cristianas), comen su propio pan y visten sus propias ropas, despreciando la instrucción que Cristo ha dado con respecto al alimento y la vestimenta de Su desposada. Pero los redimidos serán como vírgenes, sin mancha, y Cristo los presentará al Padre como vírgenes castas. Durante los últimos días la tierra se embriagará con el vino de fornicación ofrecido por Babilonia y sus hijas, y el ángel sellador coloca el nombre del Padre en las frentes de aquellos que se apartan del mundo y de todo lo que este ofrece. Se sabrá que bandas de ángeles cubren con su sombra a aquellos que son puros de alma. *El Señor creará sobre cada [tal] morada del Monte Sion, y sobre sus asambleas, una nube y humo de día, y el resplandor de un fuego llameante de noche: porque sobre todo, la gloria será una cubierta.* En el secreto de Su tabernáculo los esconderá hasta que pase la indignación.

En su boca no se halló engaño; porque el templo del alma había sido tan completamente limpiado antes de dejar la tierra que la boca humana se convirtió en un canal para las palabras de Dios. Cuando la mente de Cristo toma plena posesión de un hombre, este piensa, habla y actúa como el propio Cristo lo haría. Los mortales pueden tener una comunión tan íntima y constante con Jehová que tienen la seguridad de que caminan con Él. Esta fue la vida de Cristo en la tierra,

y Él vivió para mostrar que lo mismo también es posible hoy. Esta será la mente de aquellos que son sellados. Son sin falta; porque la justicia de Cristo los cubre como una vestidura. Caminando sin mancha en medio de la justicia propia, estos han sido vestidos con las vestiduras celestiales.

Asociados con aquellos cuyas bocas están llenas de engaño, estos han estado libres de engaño. Vencieron por la sangre del Cordero. ¡Qué maravilla que puedan cantar una canción en la que ningún otro ser puede unirse! Se les da un lugar junto a Cristo; solo ellos de entre los redimidos pueden entrar en el templo. El nuevo nombre que cada uno recibe está grabado allí en una tabla de piedra viva, y se convierten en columnas en ese templo de vida; piedras vivas de una casa espiritual. En ese servicio celestial son llamados columnas, como Santiago y Cefas por su fidelidad fueron denominados columnas en la iglesia terrenal; y cuando el Cordero va de un lugar a otro, esta compañía le sigue como un trofeo de gracia. Son uno con Él, así como Él es uno con el Padre; y siendo uno, sus almas están inseparablemente unidas. Ningún poder puede separarlos; porque la experiencia los ha hecho lo que son; y a lo largo de la eternidad, ministran a Jehová, mostrando para siempre las profundidades del amor redentor.

Escuchando, Juan oyó música desde el Monte Santo; porque esta compañía está vestida de blanco y lleva coronas de oro, y tiene arpas en sus manos. Música, como oído mortal nunca escuchó, proviene de esas arpas pulsadas por las manos de los redimidos. La música es la voz de la inspiración, — la melodía de un alma cuando comulga con el gran Espíritu de vida. Aquellos que le han conocido mejor producirán las notas más claras de los instrumentos, y cada acorde contará la historia de sus vidas. Sus voces se mezclan con estas melodías. Al hablar, las voces de Cristo y Su compañía suenan como la voz de muchas aguas. La melodía está más allá de toda descripción.

Al entrar en el templo, los ciento cuarenta y cuatro mil cantan un cántico nuevo ante el trono y ante las cuatro bestias y ante los veinticuatro ancianos. El canto, con los redimidos, no es solo la repetición de palabras, sino el derramamiento del alma más profunda. Solo aquel que conoce el desarrollo del

alma puede afinar su voz a la melodía del cielo. Y así, de todos los coros que hacen resonar los arcos celestiales, ninguno se compara con la música que emana de esta pequeña compañía. Ninguna otra voz puede unirse a su cántico. El cielo guarda silencio mientras alzan sus voces y cuentan la historia de su redención.

Su cántico es llamado el cántico de Moisés y del Cordero. Moisés, el siervo de Dios, que contempló la tierra prometida desde la altura del Pisga, y luego se acostó a dormir en los mismos límites de la herencia, es el tipo de aquellos que en el mensaje final miran hacia la eternidad, pero yacen en la tumba hasta la aparición de su Señor. Cristo mismo vino a la tierra y reclamó el cuerpo de Moisés. Él no esperó hasta que todos salieran de sus tumbas. Así, aquellos que han dormido, teniendo el sello de Dios, tendrán una resurrección especial y serán llamados a escuchar el pacto de paz y a contemplar a su Señor cuando venga en las nubes del cielo. Estos unen sus voces con aquellos que cuentan la historia de su vida de Cristo el Cordero, — una historia de sacrificio y amor. «Grandes y maravillosas son Tus obras, Señor Dios Todopoderoso», y la respuesta es: «Justos y verdaderos son Tus caminos, oh Rey de los santos». Este es un cántico de *victoria sobre la bestia, y sobre su imagen, y sobre su marca, y sobre el número de su nombre*. De pie sobre el mar de cristal, resplandecientes con la gloria de Dios, cantan los cánticos de unión del alma con Jehová. Esta es la consumación de la historia tal como se relata en el capítulo trece de Apocalipsis.

Con el versículo seis del capítulo catorce comienza una visión de la última obra del Evangelio en la tierra. Un atisbo de la difusión de la verdad durante los últimos días se da en el capítulo diez. Apocalipsis 14:6-12 es un desarrollo posterior del mensaje dado por el ángel poderoso que descendió del cielo y se puso de pie sobre la tierra con un libro de profecía abierto en su mano. Este ángel proclamó que el tiempo no sería más, y el tiempo profético al que se refería eran los dos mil trescientos días de Daniel 8:14. El mensaje fue dado entre 1833 y 1844. Cuando los dos mil trescientos días concluyeron en 1844, Cristo entró en el segundo compartimento del santuario celestial.

Cuando este cambio estaba a punto de ocurrir en el cielo, Dios comisionó a un ángel para que volara hacia la tierra con un mensaje para la humanidad que prepararía el corazón humano para la obra final en la tierra. El ángel voló en medio del cielo, para que la palabra divina que traía fuera escuchada por todo el mundo; porque el mensaje era universal. Llevó el evangelio eterno a cada nación, linaje, lengua y pueblo. Cada porción habitable del globo fue ensombrecida por sus alas; los pueblos más apartados fueron despertados por su fuerte voz mientras clamaba: *Temed a Dios, y dadle gloria; porque la hora de Su juicio ha llegado*. El Evangelio eterno, el poder de Dios para salvación, ha sido el punto de controversia desde los días del Edén. Este es el mismo Evangelio eterno, que fue encubierto por la corrupción de los antediluvianos. La tierra fue destruida, y las promesas del evangelio fueron renovadas a Noé y sus hijos, siendo el arco en las nubes la señal del pacto eterno. En el tiempo de la supremacía babilónica, el objetivo declarado de Satanás era esconder el Evangelio eterno bajo un diluvio de falsa adoración; y así, a través de todo el tiempo y de todos los poderes, el Evangelio de Jesucristo ha sido pisoteado, y solo el hombre exaltado.

Cristo le dio un nuevo marco a las verdades que habían sido dadas a conocer por los profetas y tipificadas por los servicios judíos. Incluso siendo un niño de doce años, en presencia de los doctores eruditos en el templo, las preguntas que hizo arrojaron nueva luz sobre las Escrituras a menudo utilizadas por esos maestros de la nación judía. Se habían introducido doctrinas falsas y las tradiciones de los hombres habían sido aceptadas por el mundo hasta que el Evangelio eterno era desconocido.

La Reforma del siglo XVI fue un avivamiento de la verdad. Ministros y maestros vieron luz y belleza en las Escrituras. De nuevo se sembró la semilla viva, y el Protestantismo fue visto como árboles de la propia plantación del Señor. Pero apenas los árboles vivos habían comenzado a dar fruto, cuando fueron rodeados por una enredadera parásita. Se arrastró una y otra vez hasta que sus ramas tomaron la forma del árbol en crecimiento. Extendió sus hojas verdes al aire hasta que los transeúntes admiraron el follaje, pero el árbol había sido

asfixiado hasta la muerte, y permaneció como un mero soporte para una vida robada. Cuando esta enredadera de error crecía constantemente alrededor del Protestantismo, especialmente en América, el ángel voló en medio del cielo, proclamando el Evangelio eterno. Hombres, sobresaltados por la proclamación de que el tiempo estaba a punto de terminar, recurrieron a la Palabra de Dios en busca de la verdad. El libro de Daniel fue estudiado como nunca antes en la historia del mundo. El punto culminante fue el versículo catorce del capítulo ocho. *Hasta dos mil trescientos días; entonces el santuario será purificado.*

Un estudio cuidadoso reveló que este período profético terminó en el año 1844. De las ciento cuarenta y cinco veces que la palabra «santuario» se usa en la Biblia, ni una sola vez se refiere a la tierra, sin embargo, ellos entendieron que el santuario de Daniel 8:14 era esta tierra. Con esta interpretación en mente, hicieron que el versículo dijera: «*Hasta dos mil trescientos días; entonces el Señor vendrá.*» Guillermo Miller, en América, Edward Irving, en Inglaterra, Joseph Wolff, en Asia, con cientos de colaboradores, anunciaron al mundo las buenas nuevas del regreso del Salvador.

Cuando el otoño de 1844 pasó y el Salvador no vino, una amarga tristeza llenó los corazones de la gente. Algunos perdieron su fe y se volvieron al mundo; pero otros dijeron: «Hay un error en algún lugar, Dios es verdadero y fiel, el error debe ser nuestro». Mientras escudriñaban las Escrituras en oración, la luz del santuario brilló en sus mentes. Mientras dirigían sus ojos al cielo, por fe vieron el templo celestial y se dieron cuenta de que habían dado verazmente el mensaje: *La hora de Su juicio ha llegado*; porque Cristo entró en el lugar santísimo del santuario celestial, al final de los dos mil trescientos días y comenzó la obra del juicio investigador.

El mensaje fue al mundo; no había una estación misionera en la tierra donde no escucharan el mensaje: *La hora de Su juicio ha llegado*. Algunos pueden preguntar: «¿Por qué se dio el mensaje de la venida de Cristo en ese momento?». También podemos preguntar: «¿Por qué permitió Cristo a Sus seguidores escoltarle a Jerusalén, con la intención de coronarle como Rey, cuando Él sabía

que iba allí para ser crucificado?». Sus seguidores cumplieron la profecía de Zacarías 9:9. Si hubieran conocido la verdad, no habrían podido dar los gritos de regocijo que cumplieron la profecía. De la misma manera, el anuncio de la apertura del juicio debía ser dado con una voz fuerte a todo el mundo. Si el pueblo de Dios hubiera entendido todo al principio, nunca habrían dado el mensaje con poder.

Este es el mensaje del primer ángel del capítulo catorce de Apocalipsis, y continuará resonando hasta que el tiempo termine. En 1843 y 1844, se elevó a un fuerte pregón por la voz añadida del ángel con el mensaje del tiempo. En el mismo fin del tiempo, cuando la opresión sea de nuevo casi insoportable, justo antes del cierre del tiempo de gracia, se elevará nuevamente a un fuerte pregón. Mientras tanto, el mensaje del primer ángel avanza constantemente, y aquellos cuyos oídos están escuchando una voz del cielo, se unirán para dar el evangelio eterno.

Mientras el primer ángel continúa sonando, un segundo ángel le sigue diciendo: «Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación». La predicación del evangelio eterno fue una prueba de vida. Aquellos que verdaderamente amaban al Salvador se regocijaron al escuchar que su segunda venida estaba cerca y se apresuraron a prepararse para su venida, pero muchos hicieron oídos sordos al llamado del primer ángel. El amor del mundo había adormecido de tal manera su sentido de las cosas espirituales que incluso podían burlarse de la idea del regreso del Salvador.

La predicación del mensaje del primer ángel trazó una línea entre los profesos seguidores del Señor. Sobre aquellos que demostraron haber perdido su amor por Cristo al ignorar el mensaje de su regreso, el ángel pronunció las palabras: «Ha caído, ha caído Babilonia». Aquellos que anhelaban un desarrollo espiritual superior, bebieron del agua pura de la vida, tal como fue dada por el primer ángel; pero en las manos de la iglesia, una copa de oro fue llena con el vino de la fornicación; y, en lugar de ofrecer la bebida vivificante de la fuente, las iglesias,

cuando el tiempo pasó en 1844, cerraron sus puertas al evangelio eterno; y los ministros dieron a sus rebaños a beber del vino de la fornicación, —una mezcla de verdad y error que, como cualquier intoxicante, adormece las sensibilidades y hace que quien bebe se aparte de aquello que lo reviviría.

Babilonia, el reino universal que ofreció el culto a los ídolos en lugar del culto a Jehová, es usada por el Espíritu para simbolizar las iglesias que, como la nación judía en los días de Cristo, mezclan la filosofía del mundo con la verdad de Dios, y ofrecen este vino a los hombres en lugar del evangelio eterno. La iglesia que hace esto, se da cuenta de su incapacidad para alcanzar las almas de los hombres, y se une con el estado e intenta **coaccionar la conciencia**. Hay una forma de piedad, pero no hay poder en ella. Esto es el papado renovado, la formación de una imagen a la bestia. «Ha caído, ha caído Babilonia», dijo el ángel. Su mensaje comenzó en 1844 y continuará hasta que ya no haya tiempo para retirarse de la ciudad condenada. El mensaje «ha caído, ha caído» se repite dos veces — *porque la cosa es establecida por Dios, y Dios la hará acontecer en breve*. Como la advertencia enviada a la antigua Babilonia cuando los judíos estaban en cautiverio, —para que aquellos que estaban dentro de la ciudad pudieran escapar antes del derrocamiento final, así es la advertencia concerniente a las iglesias. Dios ha dado una advertencia, y aquellos que desean la vida, escucharán el llamado y se separarán. Este mensaje también se elevará a un fuerte pregón justo antes del cierre del tiempo de gracia. Aquellos que escuchan hoy, obedecerán hoy; otros pueden ser arrancados del fuego como Lot y su familia fueron apresurados a salir de Sodoma. Pero el efecto de beber el vino de la fornicación será adormecer los sentidos espirituales hasta que, como el borracho físico, no haya posibilidad de regresar. Entonces, en un caso, como en el otro, un borracho, llegará el fin. «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones». El agua pura del Líbano es ofrecida en el evangelio eterno, el poder de Dios para salvación. «Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente». «Mas el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna».

El primer ángel volvió los corazones al evangelio eterno como el único medio de salvación; porque no hay ningún otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en que podamos ser salvos. El hombre ha intentado salvarse a sí mismo, y el diablo ha inventado innumerables maneras para que él evada el evangelio; pero solo una escalera conecta el cielo y la tierra. «Yo soy la puerta», dijo Cristo; «el que por mí entrare, será salvo». El segundo ángel da la advertencia de que la destrucción pende sobre aquellos que afirman ser representantes de Dios en la tierra, pero no aman su aparición.

Poco después de que se diera el mensaje del primer ángel, se inició la obra de sellamiento presentada en el capítulo siete. La gloria que emana de la ley de Dios, permite a los ángeles colocar el sello de Dios en la frente de aquellos que obedecen el evangelio eterno. Pero un contrasellamiento ocurre al mismo tiempo. Así como Jehová reconoce en la vida de su pueblo el reflejo de la ley de su propio trono eterno y el sello, su nombre o marca que es su día de reposo, así también aquel que, desde el principio, se ha esforzado por frustrar el evangelio de Jesús, tiene un sello propio que da su nombre, su título y su dominio sobre el cual él gobierna. Aquel que se opone y se exalta a sí mismo por encima de Dios, pone su sello en lugar del sello del Rey del cielo. La imagen de la bestia **impone la observancia del domingo**, el primer día de la semana, en lugar del día de reposo del cuarto mandamiento. El cuarto mandamiento es el único del Decálogo que el papado realmente ha pensado cambiar, y aquellos que, frente a la luz y la verdad, eligen guardar el primer día de la semana como día de reposo, están obedeciendo el poder que «pensó poder cambiar los tiempos y la ley», tan verdaderamente como aquellos que reciben el sello de Dios, que toman su cruz y guardan santamente el día de reposo de Jehová, el séptimo día de la semana. La ley que se aprueba obligando a los hombres a recibir la marca de la bestia, dará vida a la imagen de la bestia, y la profecía de Apocalipsis 13:15-17 será una realidad. Durante seis mil años, Dios ha suplicado al hombre que acepte la salvación. Al final de la historia de la tierra, el evangelio eterno es predicado con poder renovado, y a todos se les da la oportunidad de estar con Dios o con el

enemigo. Aquellos que aceptan a Jehová como Rey son sellados, y llenan las filas de los ciento cuarenta y cuatro mil.

Otro ángel fue visto volando por en medio del cielo, proclamando a gran voz: «Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, este también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre».

Los versículos siete y ocho del capítulo catorce afirman que el primer ángel fue a toda nación, tribu, lengua y pueblo. El segundo ángel siguió al primero, y el tercer ángel los siguió a ellos. Toda nación bajo el cielo escuchará la advertencia contra la adoración de la bestia. A cada individuo se le dará la oportunidad de honrar al Creador obedeciendo su ley y guardando santamente el día de reposo del Señor. Todos recibirán suficiente luz para decidir inteligentemente. Aquellos que rechazan la advertencia reciben la ira incondicional de Dios, que se cumple en las siete últimas plagas. Habrá una compañía que atenderá la advertencia. De esta compañía el Señor ha dicho: «Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús».

Aquellos que han recibido la marca de la bestia y su imagen, que han vivido bajo la influencia del vino de la fornicación puesto en los labios de Babilonia, ahora apurarán hasta las heces la copa de la ira de Dios. Satanás ha afirmado que en sí mismo estaba la luz y la vida, y los hombres, haciendo eco de sus enseñanzas, se han considerado independientes del cielo. Cuando el Sol de Justicia retire su resplandor, los hombres, sin Cristo, son como el mundo sin la luz del sol. Este es el tiempo de la angustia de Jacob, de la que hablaron los profetas; es el tiempo del derramamiento de las plagas; porque cuando Cristo se aparta del mundo, todos los elementos se desordenan, y el hombre se queda para luchar, solo, con la enfermedad y la muerte. Las plagas descritas en el capítulo dieciséis de Apocalipsis son la ira pura de Dios. Los hombres, viviendo bajo la

influencia cálida del sol, no pueden imaginar lo que sería la existencia si el sol fuera borrado. Así la raza humana, que ha conocido la vida solo con la luz del amor brillando sobre ella, no puede prever la terrible condición cuando las circunstancias cambien. La séptima plaga destruye toda vida sobre la tierra; aquellos que son destruidos, dormirán en inconsciencia hasta el final de los mil años, cuando la voz de Cristo los llamará para recibir su castigo final. Fuego desciende de Dios del cielo y los devora, y se convierten en cenizas sobre la tierra.

Durante el derramamiento de las plagas, cuando Cristo ha abandonado el templo, aquellos en cuyas frentes se encuentra el sello de Dios, permanecerán sin intercesor. Para los impíos, ese tiempo traerá la ira incondicional de Dios, pero los justos están escondidos bajo la sombra del Todopoderoso. En su tabernáculo, los esconderá «hasta que pase la indignación». «Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús». Con los ojos fijos en el santuario de arriba, «viven como viendo al Invisible». La unión del alma con Jehová antes del tiempo de angustia, esconde a estos santos en Cristo, y así esperan la señal de su aparición en el cielo.

Mientras observaba a las pequeñas compañías que se mantenían unidas durante ese tiempo de angustia, —los únicos representantes vivos de Dios en la tierra cuando el mundo está bebiendo el vino de su ira— Juan oyó una voz del cielo. El universo está observando, esperando; porque el fin casi ha llegado. Dios mismo dijo a Juan: «Escribe». Y él dijo: «¿Qué escribiré?». Y Dios dijo: «Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor». Dios pronunció la bendición sobre aquellos que mueren en el Señor durante la obra de sellamiento, y el Espíritu responde: «Sí, bienaventurados son». «Tú bendices, oh Señor, y será bendito para siempre». Así, durante este tiempo de angustia, cuando aquellos que viven verán su paciencia probada al máximo, cuando la muerte esté por doquier, y una angustia demasiado profunda para ser expresada llene cada corazón, algunos dormirán, libres de la contienda; y estos son pronunciados benditos por Dios y por el Espíritu; porque «descansan de sus trabajos, y sus obras con ellos siguen». Habiendo comenzado una buena obra, habiendo

aceptado el evangelio eterno con todas las consecuencias que seguirían, y habiendo peleado la buena batalla, Cristo mismo completa lo que ellos han comenzado, y ellos descansan hasta que se anuncie que Él viene. Entonces, aquellos que se han dormido bajo el mensaje de sellamiento saldrán al encuentro de su Redentor.

Al dejar el templo, antes del derramamiento de las plagas, el Hijo del hombre cambia sus vestiduras sacerdotales por las de un rey. La diadema real es colocada sobre su frente, —la frente una vez traspasada por una corona de espinas. Las huestes celestiales se preparan; los habitantes de otros mundos se acercan. Desde el templo, vuela un ángel clamando a Aquel que es coronado Rey: «Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura».

El ángel que tenía poder sobre el fuego clamó: «Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la vid de la tierra; porque sus uvas están maduras». Dos vides han estado creciendo en la tierra, una de origen celestial; la otra de la tierra, terrenal. Cristo es la vid verdadera, y su pueblo son las ramas. La vid de la tierra, Satanás, tiene muchas ramas; su crecimiento es mucho más exuberante que la celestial, pero es la vid de Sodoma, —sus «uvas son uvas de hiel, racimos muy amargos; su vino, veneno de dragones». Terrible es la vendimia cuando los ángeles recogen los racimos y los arrojan al gran lagar de la ira de Dios.

Nación se levanta contra nación; porque los ángeles ya no retienen los vientos de la contienda. Toda la tierra se reúne para luchar en la gran batalla de Armagedón; y tan grande es la matanza que, por kilómetros alrededor de la ciudad, la sangre fluye hasta los frenos de los caballos. Por fin, el trono del Padre se mueve, y las puertas del cielo se abren de par en par, mientras Cristo y el Padre, sentados juntos en tronos de vida, rodeados por diez mil veces diez mil ángeles, se acercan a la tierra. Hay silencio en el cielo.

Los santos que esperan oyen la voz de Jehová mientras resuena por toda la tierra. Miran hacia arriba, hacia una pequeña nube que aparece en el horizonte oriental. Se acerca más y más; y a medida que su gloria se despliega, la tierra